

V o n d a N . M c I n t y r e

La Luna y el sol

PREMIO **NEBULA**
1998

Una maravillosa fábula de historia alternativa sobre la codicia y el altruismo, sobre la autoridad y lo patético, que transcurre en la corte francesa de Luis XIV, el deslumbrante Rey Sol.

Publishers Weekly

A finales del siglo XVII, el padre Yves de la Croix, jesuita y filósofo natural, dirige una expedición científica que logra capturar en océanos remotos dos misteriosos seres marinos. Uno está muerto, pero el otro todavía vive, y de ellos se espera obtener un prodigioso elixir que proporcione la inmortalidad.

En la compleja algarabía de la corte del Rey Sol, se compete para satisfacer al monarca, sacrificando los principios en aras de conseguir fortuna. La joven Marie-Josèphe de la Croix, una recién llegada, tiene por encargo colaborar con sus dibujos y su habilidad de cuidadora con su hermano Yves, comisionado por el soberano para estudiar las sorprendentes criaturas marinas y obtener de ellas las respuestas que busca una ciencia incipiente.

La criatura superviviente, la extraordinaria mujer del mar, inicia su misterioso canto. A partir de ese momento, su relación con Marie-Josèphe supondrá un imposible e inesperado desafío en una corte acostumbrada a otro tipo de intrigas.

PERSONAJES PRINCIPALES

(Por orden de aparición)

PADRE YVES DE LA CROIX, 27 años, jesuita y filósofo natural, hermano mayor de Marie-Josèphe.

MARIE-JOSÈPHE DE LA CROIX, 20 años, hermana de Yves, dama de compañía de Mademoiselle, llegada recientemente a Versalles (desde la escuela de madame de Maintenon en Saint-Cyr) de la colonia francesa de la Martinica.

MADAME*, duquesa de Orleans, Isabel Carlota de Baviera, la princesa palatina, 41 años, segunda esposa de Monsieur.

MONSIEUR*, Felipe, duque de Orleans, 53 años, hermano menor de Luis XIV.

MADemoiselle*, Isabel Carlota de Orleans, 17 años, hija de Madame y Monsieur, sobrina de Luis XIV.

EL CABALLERO DE LORENA*, amante de Monsieur, 55 años.

LUCIEN DE BARENTON, CONDE DE CHRÉTIEN, 28 años, noble francés consejero de Luis XIV.

FELIPE II DE ORLEANS, DUQUE DE CHARTRES*, 19 años, hijo de Monsieur y Madame; casado con mademoiselle de Blois, *madame Lucifer*.

LUIS AUGUSTO, DUQUE DE MAINE*, 23 años, hijo natural legitimado de Luis XIV y de su antigua amante, la marquesa de Montespan.

Los nietos legítimos de Su Majestad:

LUIS, DUQUE DE BORGONA*, 11 años.

FELIPE DE ANJOU*, 10 años.

CARLOS, DUQUE DE BERRI*, 7 años.

LUIS XIV*, 55 años, Luis el Grande, el rey Sol, monarca de Francia y Navarra.

MADAME DE MAINTENON*, (de soltera, Françoise d'Aubigné; después, madame Scarron), segunda esposa morganática de Luis, 58 años.

MONSEIGNEUR*, Luis, el gran delfín, 32 años, el único hijo legítimo superviviente del monarca.

EL MONSTRUO MARINO

MONSIEUR BOURSIN, de la casa de Su Majestad.

PADRE DE LA CHAISE*, el confesor de Luis.

ODELETTE (también conocida como HALEED), 20 años, esclava turca de Marie-Josèphe (nacida el mismo día que ésta).

DOCTOR FAGON*, primer médico del rey.

DOCTOR FÉLIX*, primer cirujano del rey.

INOCENCIO XII*, recién nombrado papa.

JACOBO II* y MARÍA DE MÓDENA*, rey y reina de Inglaterra en el exilio.

Los príncipes extranjeros: CARLOS DE LORENA* y los duques de CONTI* y CONDÉ*.

MADAME LUCIFER*, duquesa de Chartres, 16 años, hija de Luis XIV.

ALESSANDRO SCARLATTI*, músico, compositor, *maestro di capella* del virrey de Nápoles, el marqués del Carpio.

DOMENICO SCARLATTI*, 8 años, hijo del anterior, niño prodigio, músico y compositor.

MADemoiselle DE ARMAÑAC*, *mademoiselle Futuro*.

MADemoiselle DE VALENTINOIS*, *mademoiselle Pasado*.

MARQUESA DE LA FÈRE, *madame Presente*.

ANTOINE GALLAND*, primer traductor occidental de *Las mil y una noches*.

CARDENAL OTTOBONI*, asistente de Inocencio XII.

HALEED (también conocida como ODELETTE), hermana adoptiva de Marie-Josèphe.

EL DUQUE DE BERWICK*, James Stuart Fitz James, hijo natural de Jacobo II.

EL PRÍNCIPE DE JAPÓN, el *SHA* DE PERSIA, la REINA DE NUBIA, y los JEFES GUERREROS DE LOS HURONES.*

* Personaje histórico.

PRÓLOGO

El sol del Día de San Juan refulgía en el centro del cielo, de un azul esplendoroso hasta el horizonte.

El buque insignia del rey pasó abruptamente del verde límpido de las aguas someras al añil oscuro de las profundidades ilimitadas.

El capitán del galeón gritaba órdenes; los marineros se apresuraban a obedecerlas. La tela se agitaba y a continuación se tensaba; las enormes velas cuadradas se hincharon. La nave crujió y gimió y viró. La bandera de Luis XIV ondeaba al viento, escribiendo *Nec Pluribus Impar*, el lema del rey, por todo el firmamento. El emblema de Luis XIV, un sol radiante, presidía la vela mayor del galeón.

Libre de los traicioneros bancos de arena, el galeón se precipitó al frente. El agua rozaba los flancos de la nave. El mascarón dorado recibía con brazos abiertos la luz solar y la espuma. Los arco iris rielaban en sus garras y en las aletas de su cola doble. El monstruo marino tallado irisaba el camino a su paso, por la gloria del rey.

Yves de la Croix examinaba el mar, desde la proa hasta el horizonte, buscando su presa por el Trópico de Cáncer, directamente bajo el sol. Miraba con los ojos entornados el Día de San Juan y agarraba con fuerza la barandilla del puente. El galeón se movía con el viento, dejando el aire en cubierta inmóvil y caliente. Los rayos solares penetraban bajo la sotana negra de Yves; el pelo oscuro le ardía. El mar tropical relucía y cambiaba, deslumbrando y extasiando al joven jesuita.

—*Démons!* —gritó el vigía.

Yves buscó lo que había visto el hombre, pero la luz era demasiado brillante y la distancia demasiado grande. La nave cortaba las olas, apresurándose y rugiendo.

—¡Allí!

Justo delante, el océano estaba agitado. Las formas saltaban. Figuras elegantes retozaban en la espuma de mar como delfines.

El buque insignia navegó hacia las aguas turbulentas. Un canto de sirena, no la llamada de un delfín, flotaba en el aire. Los marineros se sumieron en un silencio de temor.

Yves estaba inmóvil, controlando la emoción. Sabía que encontraría a su presa en ese punto, aquel día; nunca había dudado de su hipótesis. Asumiría el éxito sin alterarse.

—¡La red! —el grito del capitán Desheureux se impuso al canto—. ¡La red, bastardos!

La orden conmocionó a la tripulación. Le temían a él más de lo que temían a los monstruos marinos, más de lo que temían a los demonios. El tomo gemía y gruñía; madera contra cuerda contra metal. La red cayó con estrépito a un lado. Un marinero murmuró una oración profana. Las criaturas jugueteaban, ajenas al galeón que se aproximaba. Saltaban como delfines, chapoteando con fuerza, agitando el mar. Se acariciaban entrecruzando las colas, cantando con sensualidad animal. Su celo convertía el mar en espuma.

La emoción de Yves aumentó, se apoderó de su mente y de su cuerpo, acabó con su determinación. Asombrado por la intensidad de aquella reacción, cerró los ojos e inclinó la cabeza. Oraba para tener un humilde sosiego.

El traqueteo de la red, los pesados cabos que golpeaban el flanco de la nave, lo devolvieron a la realidad. Desheureux maldijo. Yves ignoró sus palabras, como había ignorado durante el viaje los frecuentes insultos y blasfemias.

Nuevamente dueño de sí, Yves esperó, impassible. Con calma examinó los detalles de su presa: el tamaño; el color;

el número, mucho menor que el de las hordas avistadas hacía un siglo.

El galeón pasó entre los fornicadores monstruos marinos. Como Yves había planeado, y había deseado con fervor, como había esperado de sus investigaciones, los monstruos marinos estaban perdidos en su arrobamiento. No se dieron cuenta del ataque hasta el momento de la embestida.

El canto de sirena se desintegró en aullidos animales y rugidos de dolor. Las bestias cazadas siempre gritaban por la conmoción de su captura. Yves no creía que sintieran miedo, pero sospechaba que sentían dolor.

El galeón pasó entre ellos, ahogándolos en sus propios gritos. La red barría las aguas agitadas.

Desheureux gritaba órdenes e improperios. Los marineros recogieron los cabos. Bajo el agua, las poderosas criaturas arremetían contra el flanco del galeón. Golpeaban la madera como si fuese un tambor.

La red sacó del mar a las criaturas. La luz del sol se reflejaba en sus oscuras y correosas ijadas.

—Suelta las palomas —Yves mantuvo la voz firme.

—Estamos muy lejos —susurró el aprendiz del palomero real—. Morirán —los pájaros se arrullaban y se agitaban en las jaulas de mimbre.

—¡Suéltalas! —si no llegaba a Francia ninguna de ese grupo, alguna del siguiente tendría éxito, o del otro.

—Sí, padre.

Una docena de palomas mensajeras se elevó hacia el cielo. Las alas batían el aire. El suave sonido se perdió. Yves miró por encima del hombro. Una de las palomas revoloteó, tomando altura. La cápsula del mensaje brillaba plateada, reflejando el sol, proclamando el triunfo de Yves.

1

Cincuenta carruajes en procesión recoman la calle empedrada. La gente de Le Havre estaba muy cerca, a ambos lados, lanzando vítores a su rey y su corte, encantada por la opulencia de los carruajes y los arneses, admirada de los extravagantes vestidos, las joyas y los encajes, el terciopelo y la tela de oro, los amplios sombreros emplumados de los jóvenes nobles que acompañaban a caballo a su soberano.

Marie-Josèphe de la Croix había soñado con cabalgar en tal procesión, pero sus sueños estaban muy alejados de la realidad. Viajaba en el carruaje del duque y la duquesa de Orleans, sólo superado por el del rey en magnificencia. Iba sentada frente al duque, el hermano del monarca, al que siempre llamaba Monsieur, y a su esposa Madame. Su hija, Mademoiselle, estaba sentada junto a ella.

A su otro lado, el amigo de Monsieur, el caballero de Lorena, estaba repantigado, perezoso, hermoso y lánguido, aburrido por el largo viaje desde Versalles hasta Le Havre. Lota...

«Mademoiselle, debo recordar llamarla así —se dijo Marie-Josèphe— ahora que estoy en la corte, ahora que soy su dama de compañía», sacaba la cabeza por la ventanilla del carruaje, casi tan emocionada como Marie-Josèphe.

El caballero extendió sus largas piernas en diagonal, por lo que cruzaron justo frente a los pies de Marie-Josèphe.

A pesar del polvo y los olores del puerto, el ruido de los caballos, los jinetes y el traqueteo de los carruajes sobre el empedrado, Madame insistió en abrir las ventanillas y las cortinillas. Sentía pasión por el aire fresco, que Marie-Josè-

phe compartía. A pesar de su edad —¡tenía más de cuarenta años!—, Madame siempre cabalgaba en las cacerías del rey. Había dado a entender que Marie-Josèphe quizá fuese invitada también a ir de cacería.

Monsieur prefería estar protegido de los maléficos humores del exterior. Llevaba un pañuelo de seda y una almohadilla perfumada. Con la seda se quitaba el polvo de las mangas de terciopelo y encajes dorados de la chaqueta; se sostenía cerca de la nariz la naranja tachonada de clavos, para apartar con perfume los olores de la calle. Al aproximarse el carruaje al puerto, aumentó el olor a pescado podrido y algas secas, tanto que Marie-Josèphe deseó haber traído ella también una almohadilla perfumada.

El carruaje tembló y redujo su velocidad. El conductor gritaba a los caballos. Las herraduras resonaban contra el empedrado. Los ciudadanos ocupaban la calle, golpeando los lados del carruaje, gritando, pidiendo.

—¡Mira, mademoiselle de la Croix! —Lota hizo que Marie-Josèphe se echase hacia delante para mirar las dos por la ventanilla del carruaje. Marie-Josèphe quería verlo todo; quería recordar para siempre cada detalle de la procesión. A ambos lados de la calle, la gente andrajosa agitaba las manos y lanzaba gritos de «¡Larga vida al rey!» o decía «¡Dadnos pan!».

Un jinete se desplazaba impávido por entre la multitud. Marie-Josèphe lo tomó por un muchacho, un paje a caballo; luego vio que vestía *justaucorps à brevet*, la casaca azul bordada en oro exclusiva de los más últimos allegados del rey. Al comprender su error, se ruborizó de vergüenza.

Los desesperados ciudadanos agarraban al cortesano, lo cogían por los encajes dorados, tiraban de la montura. En lugar de apartarlos a latigazos, les dio la limosna del rey. Entregó monedas a los más cercanos y las arrojó a los últimos de la multitud: las mujeres viejas, los hombres tullidos, los niños harapientos. La muchedumbre formaba un remo-

lino a su alrededor, tan poderoso como el océano, tan sucio como las aguas del puerto de Le Havre.

—¿Quién es ése? —preguntó Marie-Josèphe.

—Lucien de Barenton —dijo Lota—. El conde de Chrétien. ¿No lo conoces?

—No sabía... —vaciló. No era asunto suyo comentar la posición en la corte de monsieur de Chrétien—. Representó a Su Majestad en la organización de la expedición de mi hermano, pero no tuve ocasión de conocerlo.

—Ha estado fuera todo el verano —dijo Monsieur—. Pero veo que ha mantenido su posición en la estimación de mi hermano el rey.

El carruaje se detuvo, fue rodeado y empujado. Monsieur agitó el pañuelo contra los olores de los sudorosos caballos, el populacho y el pescado. Los guardias gritaban intentando conseguir que la gente se apartara.

—Después de esto tendré que hacer que vuelvan a pintar el carruaje —murmuró Monsieur con cansancio—. Y no dudo que también echaré en falta algunos de los adornos dorados.

—Luis el Grande se acerca demasiado a sus súbditos —dijo Lorena—. Para confortarlos con su gloria —rio—. No importa, el conde de Chrétien los aplastará con su caballo de batalla.

«Monsieur de Chrétien no podría dominar un caballo de batalla mejor que yo», pensó Marie-Josèphe. El alegre sarcasmo de Lorena la divirtió, pero luego la avergonzó.

Temía por el conde de Chrétien, pero nadie más parecía estar preocupado. Las monturas de los otros cortesanos descendían de los corceles de los cruzados, pero el conde Lucien, con arreglo a su altura, montaba una gris, pequeña y ligera.

—¡Su caballo no es mayor que un palafrén! —exclamó Marie-Josèphe—. ¡La gente lo arrojará al suelo!

—No te preocupes —Lota palmeó el brazo de Marie-Josèphe, se acercó más y murmuró—: Espera. Mira. Monsieur

de Chrétien nunca permitirá que lo tiren de su caballo.

El conde Lucien inclinó su sombrero empenachado hacia la multitud. La gente le devolvió la cortesía con vítores y saludos. Su caballo no se detenía nunca, nunca permitía que lo rodeasen. Daba brincos arqueando el cuello, bufando, agitando la cola como una banderola, moviéndose entre la gente como pez en el agua. Al cabo de un momento el conde estaba libre. Seguido por los vítores, cabalgó por la calle tras el rey. Una fila de mosqueteros volvió a dividir a la multitud; el carruaje de Monsieur y los guardias siguieron la estela del conde Lucien.

Pasó galopando un alegre grupo de jóvenes nobles. Al otro lado de la ventanilla, el hermano de Lota, Felipe, duque de Chartres, espoleó su enorme caballo bayo para encabritarlo y mostrar sus guarniciones doradas. Chartres vestía plumas y terciopelo, y llevaba una espada enjoyada. Recién llegado de las campañas de verano, lucía un fino bigote como el de Su Majestad en su juventud.

Madame sonrió a su hijo. Lota saludó a su hermano. Chartres agitó el sombrero y los saludó a todos desde el caballo, riendo. En su cuello aleteaba un fular suelto, con la punta metida en un ojal.

—¡Es agradable tener a Felipe en casa! —dijo Lota—. En casa y a salvo.

—Vestido como un libertino —dijo de pronto Madame, y con acento alemán, a pesar de que hacía más de veinte años de su llegada a Francia desde el Palatinado. Movié la cabeza, suspirando con cariño—. Y sin duda sus modales lo serán también. Debe acostumbrarse a estar de nuevo en la corte.

—Dejadle unos momentos para disfrutar de su triunfo en los campos de batalla, Madame —dijo Monsieur—. Dudo que mi hermano el rey conceda el mando otra vez a nuestro hijo.

—Entonces estará seguro —dijo Madame.

—A costa de su gloria.

—No hay gloria suficiente por aquí, amigo mío —Lorena se inclinó hacia Monsieur y puso la mano sobre los dedos ensortijados del duque—. No hay suficiente para el sobrino del rey. No hay suficiente para el hermano del rey. Sólo la justa para el rey.

—¡Ya es suficiente, señor! —protestó Madame—. ¡Estáis hablando de vuestro soberano!

Lorena volvió a recostarse. Su brazo, musculoso bajo la suavidad sensual del chaquetón de terciopelo, se apretó contra el hombro de Marie-Josèphe.

—Vos también lo habéis dicho, Madame —dijo él—. Tengo entendido que es lo único en lo que estamos de acuerdo.

El hijo natural de Su Majestad, el duque de Maine, cubierto de rubíes y encajes dorados, hizo que su caballo negro retozara al lado del carruaje de Monsieur, hasta que Madame le lanzó una mirada, gruñó y le dio la espalda. El duque se rio de ella y salió al galope hacia la cabeza de la comitiva.

—Qué forma de malgastar un buen caballo de batalla —murmuró Madame, ignorando a Lorena—. ¿Qué necesidad tiene un cagada de ratón de un caballo de batalla?

Monsieur y Lorena se miraron. Los dos se echaron a reír.

El caballo de Chartres saltó tras el de Maine. Los jóvenes príncipes estaban gloriosos. A caballo, superaban sus aflicciones. El ojo salvaje de Chartres le daba un aire libertino; la debilidad de Maine desaparecía. Maine era tan guapo que uno apenas notaba su columna desviada. El rey lo había declarado legítimo; sólo Madame seguía señalando su bastardía.

Los nietos legítimos de Su Majestad pasaron corriendo; los tres muchachitos clavaban las espuelas en sus ponis manchados intentando mantenerse al nivel de su ilegítimo medio tío Maine y su legítimo primo Chartres.

—Permanece a la sombra, hija —le dijo Monsieur a Lota—. El sol te estropeará la piel.

—Pero, señor...

—Y ese vestido nuevo tan caro —dijo Madame.

—Sí, Monsieur. Sí, Madame.

Marie-Josèphe también se apartó del sol. Habría sido una lástima arruinar su vestido nuevo, el mejor, con diferencia, que había llevado nunca. ¿Qué importaba que hubiese sido de Lota? Alisó la seda amarilla y retocó los pliegues para que se vieran más las enaguas plateadas.

—Y vos, mademoiselle de la Croix —dijo Monsieur—. Estáis tan morena que parecéis un hurón. La gente empezará a llamaros la muchachita india, y madame de Maintenon exigirá que le devolváis su mote.

Lorena rio entre dientes. Madame frunció el ceño.

—La vieja loca nunca lo reclamaría —dijo Madame—. ¡Quiere que todos crean que nació en Maintenon y que tiene algún derecho al título de marquesa!

—Madame... —Marie-Josèphe se dispuso a defender a madame de Maintenon. A su llegada a Francia, directamente desde el colegio de monjas en la Martinica, la marquesa había sido muy amable con ella. Puesto que Marie-Josèphe, a sus veinte años, era demasiado mayor para estudiar en la escuela de madame de Maintenon en Saint-Cyr, la marquesa le había dado un puesto como profesora de aritmética para las alumnas más jóvenes. Como Marie-Josèphe, madame de Maintenon había llegado a Francia desde la Martinica sin nada.

A menudo, madame les hablaba de la Martinica a las alumnas, sus protegidas. Les relataba las privaciones que había sufrido en el Nuevo Mundo. Aseguraba a las empobrecidas muchachas de clase alta que si eran devotas y obedientes como ella, Su Majestad se haría cargo de la dote y ellas también podrían escapar de sus circunstancias.

Monsieur interrumpió a Marie-Josèphe.

—¿Usáis la crema solar que os di? —La miró por encima de la almohadilla perfumada. La piel del duque era blanca. La empalidecía aún más con polvos, y acentuaba la blancu-